

Siglo
XVII.

Después de la muerte del emperador Kambí, los negocios de la religion fueron empeorándose en la China, Jout-Ching, su hijo y sucesor, príncipe hábil en la ciencia del gobierno, y muy zeloso de su autoridad, miró estas disputas por el lado de la política. Temió que estas contiendas no turbasen algun día la quietud pública, si se vivaban aún, y si los christianos de sus estados llegaban á dividirse, tomando partido unos contra otros en favor de los misioneros de ambas opiniones. Este riesgo le pareció inevitable, y para prevenir un suceso cuyas resultas temia, se resolvió, con acuerdo de su consejo, á prohibir el ejercicio de la religion christiana en los países de su dominio, y á desterrar todos los doctores europeos, á excepcion de los que reservase en su servicio en atención á sus talentos. En consecuencia de esta resolución se dieron las órdenes mas severas á los gobernadores de las provincias, para hacer derribar las iglesias, buscar á los christianos, especialmente á los misioneros, y cuidar puntualmente de que no quedase ninguno en el imperio, sino los que la corte tuviese por conveniente emplear. La execucion rigurosa de estas órdenes ocasionó la muerte de muchos christianos y de algunos misioneros. Entre los que sellaron la fe con su sangre, se cuentan dos príncipes de la familia imperial. Esta persecucion ya se ha moderado, ya se ha encendido de nuevo; pero desde esta época el estado habitual del christianismo en la China es un estado de proscripcion y de tormento. Sin embargo, todavia queda un crecido número de fieles muy zelosos por la religion que han abrazado, y muy afectos á los ministros que tienen valor para consagrarse á su instruccion, á pesar del riesgo continuo de ser cogidos, y castigados con el último suplicio. Si el Evangelio, que en los principios habia tenido unos progresos tan rápidos en este dilatado imperio, no ha fructificado mas, no se ha de atribuir á otra cosa que á la competencia de los misioneros, y al espíritu de alteracion y de disputa, enfermedad de Europa, que han llevado consigo á estos climas distantes, adonde no debian pasar sino para alumbrar á los hombres, y hacerlos mas virtuosos.

En este artículo hemos excedido del término en que habiamos resuelto detenernos, refiriendo sucesos que co-

responden al siglo XVIII.; pero hemos pensado que se nos permitiera anticipar algo sobre los tiempos, cuya historia no nos proponemos escribir, á fin de contar seguido todo lo que corresponde al objeto importante de que acabamos de tratar.

ARTÍCULO III. Estado de la Italia. Carácter y conducta de los papas que han gobernado la Iglesia en el siglo XVII.

La Italia estaba dividida en el siglo XVII., así como en el anterior, en muchos estados, cuya extension y poder desiguales hacian variar los intereses respectivos de otros tantos modos como aliados tenia cada soberano que conservar, rivales de quien guardarse, vecinos que contemplar ó que temer, y enemigos que combatir. La Francia habia abandonado sus antiguos proyectos de conquistar el Milanésado y el reyno de Nápoles, que le habia costado tanta sangre y tanto oro inútilmente gastados. Pero su oposicion á la casa de Austria, que siempre subsistia, y la tenia atenta á todo lo que pasaba de la otra parte de los Alpes, para aprovecharse diestramente de las circunstancias que se presentaban al ansia que tenia de inquietar y abatir á su competidora. Pero esta casa de Austria, tan envidiada, tan ambiciosa, y siempre tan temible por la vasta extension de sus posesiones, era siempre dominante en Italia por una de sus ramas, dueña del Milanésado, del reyno de Nápoles, y de la Sicilia. La república de Venecia era la única potencia que podia contrapesar la suya, y contenerla en límites capaces de mantener el equilibrio. Venecia, aunque decayida de su antiguo esplendor, gozaba aún de todo el respeto que le habia ganado hacia muchos siglos tanto influxo en todos los grandes sucesos de la Europa. Su sabia política, y los principios de su gobierno ocultaban á los ojos del universo los efectos de las pérdidas que habia experimentado. Su comercio habia ido á ménos, sus dominios en tierra firme y en las islas tenian menor extension, sus guerras en lo interior del continente, y sus expediciones marítimas, le habian costado cantidades inmensas, y con todo deslumbraba siempre á las naciones con su magnifi-

encia, y con el estado respetable ón que sabía mantenerse. Hacía resistencia á los españoles sus vecinos, á los papas y á los emperadores; y sus armadas serán el baluarte de la cristiandad contra los turcos. La subyugación supo de la Toscana, la república de Génova, y el Estado

temporal de los papas formaban lo que se puede llamar la segunda clase de las soberanías independientes. Desde que los Médicis, por la habilidad de su conducta, y por el prudente empleo que habían sabido hacer de sus riquezas, habían llegado al supremo poder en una ciudad; en que por mucho tiempo no habían sido mas que simples ciudadanos, caminaban á la par con los monarcas. Los mayores príncipes no se desdaban de entrar en alianza con ellos, y dos reynas de Francia, hijas de su familia, habían mezclado su sangre con la de los Valois y Borbones. Su corte era el centro de la magnificencia, de la política y del gusto. Todas las artes experimentaban el efecto de su protección en su capital, mas rica y mas quietá que la del mundo christiano, hermoseada como ella de una infinidad de obras excelentes, la igualaba casi en el número y hermosura de sus monumentos.

Génova, ménos intrépida, ménos rica, y por consiguiente ménos respetada que Venecia, no dexaba de reynar en parte sobre los mares por su marina, y de tener influxo señalado en el continente; pero demasiado endebles hallándose sola, necesitaba de algun apoyo, tanto para sostenerlo, ella misma, como para darle peso y actividad. La Francia y la Toscana, con quien se juntaba quando tenia que tomar partido en los asuntos generales, le facilitaban este apoyo, que la ponía en disposición de hacer alguna figura entre las demas potencias. En los tiempos de que vamos hablando, perturbaron su quietud interior los bandos entre los nobles, y los proyectos ambiciosos de algunos particulares, que conspiraban á mudar la forma del gobierno; pero todos estos movimientos no tuvieron otro paradero, que dar cuidado á los ciudadanos, y trabajar á las cabezas de la república. En otros estados republicanos quando se desgracia las empresas de los sediciosos, la conmocion pasagera que causan, afirman por lo regular la constitucion, lejos de trastornarla. Es verdad que cuesta algo de sangre; pero no se siente, porque siempre es la de

los culpados; y el estado gana perdiendo unos malos Siglo-
vasallos que lo turban. Génova estuvo mas sosegada in- XVII.
teriormente, y fué mas respetada por fuera luego que

se restableció la quietud dentro de sus murallas. Los pontifices de Roma, en calidad de príncipes soberanos, eran una de las principales potencias de la Italia, de la que hubieran podido hacerse árbitros, y aun de toda la europa christiana, de que eran cabezas y oráculos en el órden de la religion; pero por un lado muchos de ellos estuvieron ocupados demasiado en los intereses temporales de su silla. Procuraron extender los límites de sus estados con uniones y conquistas; mostraron pretensiones, formaron empresas, que les suscitaron enemigos, y les impidieron ganar la confianza de los otros príncipes; confianza, que tanto se compartía con su título de padres comunes de los fieles, y que les hubieta granjeado una gloria mas sólida, que las mas dilatadas posesiones. Por otro lado las antiguas preocupaciones, con que incesantemente los alimentaban sus ministros y agentes, y siendo así que todas las naciones las habian echado de sí, les hacian sospechosos en todos los asuntos, que podian hacer revivir la quimera del poder universal á que todas las coronas debían estar sujetas. Por otra parte la casa de Austria, que reynaba en España, y que poseía tres grandes estados en Italia, los tenia siempre baxo de su dependencia; y los papas, acostumbrados á mirar á esta potencia para arreglar sus movimientos por los suyos, abrazaban sus intereses, ya en secreto, ya á cara descubierta, mas por hábito y cobardía, que no por política; pero esta adhesion demasiado conocida, que no convenia ya á las circunstancias, enagenaba de ellos á todos los soberanos que la diferencia de religion, ó la razón de estado hacian enemigos ó envidiosos de la potencia austriaca.

Los otros estados de Italia, gobernados á manera de repúblicas, ó poseídos á título de soberanía por la casa de Este y de Gonzaga, y por la de Farnesio, estaban encerrados en límites demasiado estrechos y pobres, para ocuparse en otra cosa que en su propia conservacion. No se mezclaban en las disputas de los otros príncipes, sino por las alianzas que hacian con ellos, y en las

Siglo XVII. asuntos personales estaban reducidos á implorar el socorro de las potencias que querian protegerlos y ayudarlos. Esto es lo que se vió en este siglo, quando la rama primogénita de la casa de Gonzaga, que reynaba en Mantua, se extinguió, y la segunda, establecida en Francia, se presentó para coger esta importante herencia; quando habiendo Ferrara perdido á su soberano, que murió sin hijos, pretendieron sus colaterales los estados que dexaba vacantes este príncipe, entretanto que por un lado los papas, por otro el duque de Saboya se disponian á invadirlos; por último, quando los pontífices de Roma y el emperador pretendieron despojar á los Farnesios de los ducados de Parma y de Plasencia, que miraban los primeros como un desmembramiento de los dominios inagenables de la santa sede, y que reivindicaba el segundo como un feudo del imperio.

Los duques de Saboya, de quien acabamos de hablar, se interesaban en todos los sucesos que sobrevenian en Italia, y se mezclaban en todas las disputas que ocasionaban, y en todas las guerras que fomentaban. Señores de los Alpes, y teniendo por esta situacion en sus manos la llave de los pasos que conducen los exercitos á una y á otra parte de las barreras que ha puesto la naturaleza entre los soberanos que reynan á los dos lados, eran buscados por unos y otros. Su política fué siempre aprovecharse de las circunstancias, y vender su alianza á los príncipes que mas podian contribuir á su engrandecimiento ó á su seguridad. De este modo es como se ha ido ensalzando poco á poco su casa, y cada siglo les ha facilitado nuevo aumento de poder y de prosperidad, hasta que han llegado á hacerse contar entre los reyes. En el periodo que recorremos no habian llegado todavía á este alto grado de gloria; pero ya tenían un lugar distinguido entre los príncipes de Italia. La situacion de sus estados los exponia frecüentemente á los estragos de la guerra; pero quando la paz restituía el sosiego, les daba casi siempre algun nuevo dominio. De los quatro duques de Saboya, que se sucedieron en el discurso de este siglo, si el primero fué desgraciado en sus empresas, los otros tres repararon sus desgracias con ventaja. Todos tuvieron grandes talentos, hábiles guerreros, políticos no ménos diestros, se valieron

Igualmente para el acrecentamiento de su poder, así Siglo de los reveses como de la prosperidad; de suerte, que XVII. se hubiera podido decir mas de una vez, que los otros soberanos no habian tomado las armas y concluido ajustes, sino para contribuir á su grandeza.

Despues de haber dado una ojeada general y rápida sobre el estado político de la Italia en el siglo XVII., pasemos al objeto principal de este artículo, en el qual nos hemos propuesto delinear el caracter de los pontífices que han ocupado la santa sede en el mismo espacio de tiempo, reduciéndonos á pintarlos por sus qualidades buenas ó malas, por su conducta y por sus acciones. La historia, que no conoce ni la lisonja, ni la sátira, nos suministrará los colores, y la sinceridad que hasta aqui ha guiado nuestro pincel, nos hallará siempre fieles á sus leyes.

Al concluir el siglo XVI. hemos dexado á Clemente VIII. en la cátedra pontificia, que ocupaba hacia nueve años. En ella lo hallamos todavía al empezar éste, cuyos quatro primeros años fueron los que empleó con mas utilidad para la Iglesia, como lo diremos en otra parte. Al principio de su pontificado este papa inducido por los parciales de España, que eran en grande número en el colegio de los cardenales, se habia preocupado en extremo contra Enrique IV.; pero instruido despues por Ossat y Perron, ministros de este monarca cerca de la santa sede, llegó á conocer sus buenas prendas, y la sinceridad de su conversion. Tuvo la gloria de reconciliarlo con la Iglesia, y de concurrir con él á la paz de Vervins, que restituyó la quietud á la Europa. Aplicóse en todo el discurso de su pontificado, que fué de trece años, á hacer florecer las ciencias y la piedad. Por medio de sábias leyes reprimió los desafíos, y los otros desórdenes que la licencia de las armas habia introducido en Roma y en las principales ciudades del estado eclesiástico. Tuvo mucho cuidado en no elegir sino sujetos de mérito para ocupar los empleos que vacaban en el sacro colegio. Baronio, Toledo, Belarmino, Ossat y Perron, á quien vistió la púrpura, acreditan su discernimiento, y prueban que la consideracion de la ciencia y de la virtud era la que regularmente determinaba su eleccion. No se le echa en cara mas que la guerra in-

Siglo XVII
 justa, y por consiguiente poco digna de una cabeza de la Iglesia, que emprendió para ponerse en posesion de Ferrara despues de la muerte del duque Alfonso. Esta expedicion le obligó á aumentar los impuestos, y estorbó que sus vasallos lo echasen ménos, como lo merecía por las prendas eminentes que brillaban en él.

El piadoso y docto cardenal Baronio hubiera sucedido á Clemente VIII. si el partido de España no hubiese logrado apartarlo del trono pontificio por las diligencias que hizo en el cónclave para trastornar su eleccion. En sus anales habia esparcido muchas cosas que desagradaban á la nacion española, y muchas veces en los cónsistorios se habia explicado con libertad sobre las ideas secretas del Consejo de Madrid, y sobre los principios perjudiciales de su política; lo que fué bastante para hacerle dar la exclusiva, siendo muchos los parciales del ministerio español en el sacro colegio. Alexandro Octaviano, de la casa de Médicis, llamado el cardenal de Florencia, fué preferido á él. Era tenido en Roma y en toda la Europa christiana por uno de los prelados mas instruidos y mas virtuosos que habia entónces en la Iglesia; y esta reputacion se la habia grangeado por la prudencia con que se habia manejado en todos los empleos que se le habian confiado. Lo cabal de su talento, la rectitud de su indole, y el juicio profundo de que estaba dotado, se habian manifestado con esplendor durante su legacia de Francia. En medio de las turbaciones que agitaban á este reyno, supo descubrir las pasiones que se ocultaban con el especioso pretexto de la religion y del bien público. Desvaneció las impresiones que se habian hecho en Clemente VIII. contra Enrique IV., y le hizo patentes los verdaderos motivos de los que enredaban en Roma con tanta actividad para impedir ó retardar la reconciliacion de este príncipe con la santa sede; y siguiendo sus consejos el pontífice romano, concluyó este gran negocio, que dió el último golpe á la Liga. Tomó el nombre de Leon XI. en memoria de Leon X. el primero de su casa que habia llegado á la dignidad pontificia. Toda la Europa aplaudió la eleccion que habian hecho de él los cardenales para ocupar la silla apostólica, y todas las naciones formaron las mas altas esperanzas de un pontífice, que en la clase

Siglo XVII.
 de simple cardenal se habia dado á conocer con acciones dignas de elogio. Mantuvo estas esperanzas con el bien que hizo durante su corto reynado, y con el que prometia hacer todavia; pero no bien habia ocupado la santa sede el espacio de veinte y siete dias, quando lo arrebató la muerte. Sin embargo de tener setenta años de edad, su buena constitucion hacia creer que su carrera sería un poco mas larga, y su fin tan acelerado se lloró como si se hallase en una edad en que se pudiera esperar poseerlo largo tiempo.

Camillo Borghese, cardenal de san Chrisógono, hijo de un abogado consistorial, fué colocado en la silla apostólica á los veinte dias de haber muerto Leon XI. con el nombre de Paulo V. Habia dado muestras de mucha prudencia y habilidad para los negocios en el empleo de Nuncio de España, que le habia conferido Clemente VIII; pero al instante que ocupó la silla suprema, sus preocupaciones sobre la extension de la autoridad pontificia lo indispusieron mas de una vez con las Potencias, y le ocasionaron enfadosas disputas. Desde el primer año de su pontificado se desazonó con la república de Venecia, que siempre se ha mostrado tan zelosa de mantener los derechos de la soberania. El senado habia publicado dos edictos, prohibiendo las donaciones y trasposos de bienes raíces en favor de las iglesias y monasterios. Estas leyes, que no excedian de los límites de la autoridad civil, desagradaron á Paulo V; pero á poco tiempo le pareció tener ya nuevo motivo de quejarse. Dos eclesiásticos, reos de delitos enormes, fueron presos, para ser castigados segun la disposicion de las leyes. Paulo miró su prision como una accion contraria á las inmunidades del clero, que no podia, ni sufrir, ni disimular. Pidió que se revocasen los dos edictos, y que ambos reos se entregasen á su nuncio. El senado, que en lo que habia hecho habia obrado segun principios verdaderos, desechó una y otra demanda; mantuvo sus decretos, y los presos fueron condenados á la pena que merecian. Irritado Paulo V. con este proceder, expidió el dia 17 de abril de 1606 una bula monitorial contra la república, y puso entredicho á todas las tierras de su obediencia; pero el Senado prohibió á todos sus vasallos hacer caso de ella; de modo, que no se publicó

Siglo ni en Venecia, ni en ninguna otra ciudad del país, y el servicio divino continuó por todas partes como siempre. Todos los eclesiásticos seculares y todos los regulares se sujetaron á las órdenes del gobierno, excepto los Jesuitas, los Capuchinos y los Teatinos que solicitaron retirarse; lo que se concedió á unos y á otros, con la diferencia de que á Capuchinos y Teatinos se les permitió volver quando quisieran, y que se prohibió á los Jesuitas volver á entrar jamas en los estados de la república; y con efecto no se les admitió en ella hasta pasados cincuenta años, y eso fué á instancias del papa Alexandro VII.

Aunque en lo exterior pareciese estar todo sosegado en Venecia y en las ciudades de su dominio, sin embargo los ánimos no dexaban de estar muy agitados. Habia en esta república, y principalmente en la capital, muchas personas de cuenta, que se inclinaban al protestantismo, y que se hubieran declarado sin rebozo, por poco que el senado hubiera procedido con propension al cisma; pero los que gobernaban la república no estaban ménos ligados á la religion y á la unidad católica, que á las leyes de la patria. No es ménos extraño que Paulo V. no temiese ver á la soberania de Venecia seguir el exemplo de tantos otros estados, que por causas mas débiles se habian separado de la comunión romana, y que se estableciese el protestantismo en medio de la Italia. Si Paulo V. antevió este riesgo, y le hizo poca impresion, ninguna cosa prueba mejor la fuerza de las preocupaciones que dirigian su conducta. El esfuerzo que puso en este asunto, y la entereza del senado en defender sus derechos, hubieran tenido resultas funestas, si Enrique IV. no se hubiese hecho mediador entre el pontifice y la república. Ya levantaban tropas unos y otros; y España, que sin duda esperaba aprovecharse de estas disputas para extender ó para afirmar su poder en Italia; incitaba al papa á declarar la guerra á los venecianos; pero Enrique, que se habia hecho árbitro de la Europa despues de la paz de Vervins, y que apartaba las sutilezas de la política, para no consultar mas que la rectitud de su corazón, queria servir á un mismo tiempo á los venecianos sus aliados, y á la santa sede, á quien estaba sinceramente adherido, pacificando una

inquietudes que podian ser igualmente funestas á la religion católica y al sostego de la Europa. Su mediacion produjo todo el efecto que se podia esperar de la prudencia y poder de este gran príncipe. El cardinal de Joyeuse, enviado por el rey de Francia, y aprobado por el papa, restableció la buena inteligencia entre el pontifice romano y el senado. Olvidóse lo pasado: Paulo V. recogió su bula, y suspendió las persecuciones que habia comenzado. Venecia no retrocedió, ni alteró nada los principios por donde se habia gobernado. Así tuvo Enrique IV. la gloria de pacificar la Italia, y Roma la fortuna de encontrar en este príncipe, á quien tanto tiempo habia rehusado el título de rey, un mediador que le ahorró el gasto y los peligros de una guerra, cuyo suceso podia ser contrario á sus esperanzas.

El agradecimiento á un beneficio tan señalado no se extendió hasta el hijo de Enrique IV. Las ideas que Paulo V. se habia formado sobre la natutaleza y extension de la potestad pontificia, causaron nuevas alteraciones entre la corte de Roma y la de Francia. El año 1614 apareció un libro intitulado: *Defensa de la fe católica y apostólica contra los errores de la secta de Inglaterra*. El autor de esta obra era un Jesuita español, llamado Suarez, famoso entre los teólogos modernos por el sistema del *congruismo* que inventó, sistema, que no es en el fondo otro que el de Molina, modificado y suavizado en sus principios y sus consecuencias, como en otra parte lo manifestaremos. El título de este libro no prometia mas que una refutacion teológica de los dogmas y de la liturgia que la Iglesia Anglicana habia adoptado quando se separó de la comunión romana. Sin embargo el autor se habia metido en cuestiones agenas de su principal objeto, y habia sentado máximas capaces de poner en cuidado á los soberanos. Ya se dexa conocer la impresion que semejante obra habia de hacer en Francia; en donde se lloraba todavía la muerte del mejor de los reyes, quitado al amor de la nacion por el mas horrible parricidio. El parlamento de Paris, mas atento que nunca á fococar una doctrina que acababa de armar al fanatismo contra dos reyes de Francia, condenó la obra del Jesuita español á ser quemada por mano de verdugo, como sediciosa y detestable. Pero Paulo V., que segun se

Siglo dice, había inducido á Suarez á escribir, y que miraba XVII. lo mas dañoso que habia en su libro como otros tantos principios incontestables, se quejó amargamente del decreto, que lo ponía en la clase de las obras condenadas. Quería que la corte se levantara contra el parlamento, y anulasen su decreto. La gobernadora Maria de Médicis le hizo representar, pero en vano, que en las circunstancias en que se hallaba no podia asentir á lo que pedia sin comprometer su gloria, y sublevar contra sí todas las clases del reyno; pero las dificultades de la gobernadora no sirvieron sino para avivarlo mas en sus demandas, y fué preciso valerse de las súplicas para sosegarlo.

En medio de los asuntos mas importantes, y á pesar de los multiplicados afanes del gobierno, no perdió de vista Paulo V. los intereses de su familia. Por las dignidades y riquezas que hizo entrar en ella, fué, digámoslo así, el fundador de la casa Borghese, cuya nobleza empieza en él. Conocida es la magnificencia de los palacios que posee, tanto en Roma, como en Frascati, todos los quales han sido construidos por este pontífice. Tuvo complacencia en levantar en todos los barrios de la ciudad soberbios monumentos que pasasen su nombre á la posteridad. Acabó el palacio del Quirinal sobre la colina, llamada Monte Caballo, y por los edificios que añadió á él; por los ornatos con que lo hermoseó, hizo este palacio digno de ser en adelante habitacion de los papas, y mansion preferible á la del Vaticano, antigua morada de los pontífices, por lo saludable del ayre, y lo ventajoso de su situacion. Este gusto de magnificencia ha hecho el Reynado de Paulo V., célebre en la historia de las bellas artes, las quales fomentó con sus beneficios. Los artistas, cuyo mérito supo apreciar, y á quien recompensó abundantemente, lo han mirado como uno de sus mas generosos protectores. Así que se les vió correr apresurados á ayudar sus ideas, y á producir á porfia unos de otros una multitud de obras maestras, que excitán la admiracion de los aficionados y de los extranjeros.

El pontificado de Paulo V. se señaló por dos sucesos importantes á la religion. El primero que corresponde al año 1617 es la llegada de un diputado enviado á Roma

por el obispo de Babilonia, cabeza ó patriarca de los Siglo nestorianos de Persia y de las Indias, cuyo titulo dis- XVII. tintivo, como ya lo hemos advertido, es el de *católico de Persia ó de Babilonia*. Este diputado, que tenia el título de arcediano de la Cámara patriarcal, era cabeza de todos los monges caldeos del rito siríaco. Traia la comision de firmar en nombre de los que lo enviaban una profesion de fe, que el papa habia hecho proponer al católico y á los obispos de su comunión. El católico y los prelados que le estaban sujetos, la habian examinado y hecho en ella algunas alteraciones; pero habian mandado á su enviado que se sujetase á todo lo que el papa quisiese, lo que hizo sin dificultad, con arreglo á sus instrucciones. Pedro Strozza, secretario de Paulo V, ha publicado las actas de esta reunion. El segundo suceso de que queremos hablar, es con corta diferencia del mismo tiempo. Embaxadores enviados por diversos principes ó reyecillos del Japon, vinieron á Roma acompañados de algunos misioneros á hacer homenaje al papa, y reconocer en él la cabeza de la religion que sus señores habian abrazado. Paulo V. los recibió con mucha magnificencia, y manifestó con esta ocasion el gusto que tenia en las cosas de lucimiento. Estos extranjeros pidieron al pontífice nuevos obreros para trabajar en la propagacion de la fe en compaña de los que ya habian penetrado en sus tierras: lo que era una prueba clara de los progresos que habia empezado á hacer en ellas, y de la buena disposicion en que se hallaban estos pueblos distantes. Semejante embaxada habia ya recibido el mismo pontífice el año 1608 de parte del rey de Congo, recién convertido al christianismo por el zelo de muchos misioneros portugueses. Paulo V. murió el año 1621 á los diez y seis de su pontificado.

Alexandro Ludovisio, de una de las casas mas ilustres de Bolonia, fué ensalzado á la silla pontificia el dia 9 de febrero de 1621. Habia pasado por todos los empleos inferiores, en donde habia dado á conocer sus alcances y capacidad; y se formó tanto mejor esperanza de su gobierno, quanto se habia adelantado lentamente y por grados al puesto supremo, al que habia llevado la experiencia adquirida en los empleos subalternos. Tomó el nombre de Gregorio XV. Su eleccion causó una grande ale-

gia en Roma, en donde se conocian sus buenas prendas, y sobre todo su liberalidad con los pobres. Mantuvo la abundancia en la ciudad, haciendo traer trigo á sus expensas, que varias personas escogidas y dignas de su confianza vendian al pueblo á precio moderado, y distribuian de valde á los necesitados. El primer año de su pontificado expidió una bula, por la qual estableció nueva forma para la celebracion de los cónclaves y eleccion de los papas. Hasta entónces los cardenales habian dado sus votos públicamente, lo que oprimia la libertad; y hacia mas atrevidas las parcialidades. Gregorio XV. quiso que en adelante se votase por escrutinio secreto, para que cada uno pudiese seguir sin temor sus ideas y su conciencia. Fundó la congregacion de Propaganda para conocer de todos los asuntos concernientes á las misiones extranjeras, y á la predicacion del Evangelio en las tierras infieles. El emperador Fernando II. estaba en guerra con los protestantes de Alemania, y el rey de Polonia Segismundo III. con los turcos. Gregorio XV. socorrió abundantemente á estos dos principes, y les suministró sumas quantiosas para sostener el peso de sus empresas. En este pontificado se pasó á Roma una parte de la rica biblioteca de los electores palatinos, con lo que se aumentó el inmenso tesoro de literatura que habian recogido los papas en el Vaticano. Gregorio XV. murió en el mes de julio de 1623, sin haber ocupado la silla pontificia mas que dos años y cinco meses. De él tenemos una coleccion de las decisiones mas importantes del tribunal de la Rota: coleccion que despues se ha aumentado mucho, y que es de un uso frecuente en Roma.

Sin embargo de los prudentes reglamentos que habia hecho este pontifice para contener los enredos y parcialidades en el cónclave, el que siguió á su muerte, estuvo muy revuelto; pero el cardinal Mafeo Barberini juntó al cabo la pluralidad de los votos, y fué colocado en la santa sede el día 6 de agosto del año 1623 con el nombre de Urbano VIII. Habia dado muestras de mucha prudencia, y de alcances superiores para el manejo de los negocios desde el punto en que entró á ser prelado, que fué á los diez y nueve años hasta su exaltacion al pontificado. Nunca habia dexado un empleo sino

para entrar en otro mas trabajoso ó de mayor importancia, y los desempeñaba tan bien, que siempre le gran-geaban nuevos honores. Estimaba las letras y los doctos, con quien gustaba pasar todos los ratos que podia hurtar á los negocios. Luego que llegó á ser papa, le pareció que debia sacarlos de la obscuridad, y quando la falta de proteccion ó la cobardia, tan propia del mérito, los tenian todavia en ella. Trabajaba por sus adelantamientos, y animaba sus trabajos con sus consejos y beneficios. Bien conocido es su talento para la poesia por la magnifica coleccion de las piezas que fueron fruto de su ocio: coleccion generalmente estimada por los literatos, que saben apreciar las bellezas de la poesia latina. Sus himnos y odas son, á juicio de un crítico célebre de nuestro siglo, dignas de compararse con lo mejor que se ha hecho en esta linea despues de la restauracion de las letras; pero el mayor elogio todavia es, que Urbano VIII. no tuvo que avergonzarse de los entretenimientos poéticos de Mafeo Barberini. Quanto mas aprecio hacia de los ingenios, mas despreciaba á los autores licenciosos, que abusan del talento que Dios les ha dado, procurando hacer amable el vicio, y pintándolo con colores engañosos.

Habiéndose extinguido el año 1626, por muerte del duque Francisco Maria, la casa de la Rovere, que poseia el ducado de Urbino, el condado de Monte-Peltra, el de Gubio, y otros muchos señorios en el estado eclesiástico desde el tiempo de Julio II, los reunió Urbano VIII. al dominio de la santa sede, de donde habian sido desmembrados; siendo digno de alabanza el no haber hecho entrar ninguno en su familia. Con todo, pocos papas hay, que hayan manifestado mas afecto á sus parientes que él, ni hecho mas por enriquecerlos. Si no los hizo soberanos, se valió de todos los otros medios que estaban en su arbitrio para hacerlos poderosos, y perpetuar de este modo el lustre que su exaltacion al pontificado comunicaba á su casa. Edificó para ellos un palacio magnifico al lado del Quirinal, con jardines dilatados y en extremo hermosos. Compróles tierras de mucho producto, entre otras la de Palestina, que poseen todavia con el titulo de principado. Restableció en favor de uno de estos sobrinos el importante empleo de prefecto

Siglo de Roma, con toda la autoridad á él anexa antiguamente. El poder, el valimiento y las riquezas que la casa de los Barberinis se grangé en un reynado de veinte y un años, fueron la principal causa de las discordias y persecucion que experimentaron en el pontificado de Inocencio X, sucesor de Urbano VIII.

La guerra que se habia encendido desde el año 1623 entre Francia y España con motivo de la Valtelina, valle del pais de los grisones, se concluyó el de 1626 por mediacion de Urbano VIII. El archiduque Leopoldo, ayudado de las tropas españolas, se habia apoderado de este valle, que franquea un paso fácil de Alemania á Italia. Gregorio XV. habia trabajado en sosegar esta disputa á instancia de Felipe III. y Felipe IV. Habíase hecho el ajuste de poner la Valtelina, objeto de la disputa, en sequestro en poder del papa, hasta que se hubiese logrado concluir un ajuste conveniente á todos los interesados; pero no obstante este convenio, habian entrado los franceses en el pais disputado, y apoderádose de él. Sin embargo, la negociacion comenzada por el antecesor de Urbano VIII. no estaba deshecha. Este pontífice la volvió á tomar con una ansia sincera de restablecer la paz entre las dos potencias que la corte de Roma tenia mas interés en contentar. Trabajando en ajustarla, pensaba tambien Urbano en apartar la guerra de las fronteras de Italia, cuyo sosiego podia perturbar. La Valtelina se restituyó á los grisones, á quien pertenecia este pais ántes que los españoles se apoderasen de él.

Habiendo muerto Urbano VIII. á fines de julio de 1644 á los setenta y seis años de su edad, y veinte y uno de su pontificado, junto el cónclave para nombrar sucesor, estuvo agitado con parcialidades fuertes y ruidosas, que hicieron temer una larga vacante en la santa sede. Sin embargo, los diversos partidos se conciliaron quando ménos se esperaba; y el 15 de septiembre fué electo el cardenal Juan Bautista Pamphili, romano, de familia noble y antigua. Urbano VIII. lo habia ensalzado al cardenalato, y los sobrinos de este papa favorecieron su eleccion con la esperanza de que siendo hechura de su tío, guardaria con ellos cierto miramiento, que no podian esperar de parte de otro; pero las resultas les enseñaron cuánto se habia engañado su politica en estas conjeturas. El nuevo papa tomó el

nombre de Inocencio X. Tuvo fuertes disputas con Rainucio Farnesio, segundo de este nombre, duque de Parma y de Plasencia, en punto del ducado de Castro. Estas disputas habian comenzado desde el tiempo de Urbano VIII. y de Odoardo, hermano y predecesor de Rainucio; pero por mediacion de la Francia se habia ajustado la paz entre el duque y el papa algunos meses ántes de la muerte de este último; mas el asesinato de Christóbal Giarda, nombrado por Inocencio X. para el obispado de Castro, contra la voluntad del duque Rainucio, proporcionó ocasion á este pontífice para declararle la guerra. Esta se llevó con tanto esfuerzo, sin embargo de haber abrazado muchos principes la defensa del duque, y dádole socorros, que se le tomaron sus mejores plazas, una de ellas Castro. El papa la hizo arrasar enteramente, sin que quedase de ella el menor vestigio. Amenazado Rainucio de perder sus estados, se rindió al vencedor, y consintió que el ducado, de que ya no era dueño, se reuniese al dominio de la santa sede, á cuyo precio alcanzó la paz.

Los Barberinis, que habian contado con el agradecimiento y afecto de Inocencio X. no tardaron en experimentar, que entre los principes la diferencia de los intereses es la regla ordinaria de los pareceres y de la conducta. El largo pontificado de Urbano habia hecho pasar á esta familia, además de inmensas riquezas, los mejores cargos y los empleos mas lucrativos de la corte romana; pero los parientes de Inocencio X. tanto mas apurados en aprovecharse del reynado de este papa para ensalzarse y enriquecerse, quanto tenia setenta y dos años quando subió al trono pontificio, no podian esperar satisfacer su ambicion y codicia en tanto que los Barberinis estuviesen en posesion de los empleos á que estaban anexas las rentas y el valimiento. Esta fué la verdadera causa de la tempestad que se levantó contra ellos. Lo primero que se hizo, fué averiguar su conducta, y pedirles cuenta de los caudales de la Cámara apostólica que habian manejado por tanto tiempo. El cardenal Antonio tenia mas que temer que nadie, porque era camarlengo, y en calidad de tal tenia la administracion del erario; y así tuvo por conveniente retirarse á Francia con sus sobrinos. El cardenal Mazarini, que gobernaba el reyno, des-

contento con Inocencio X., y satisfecho de tener un medio de mortificarlo, aseguró la protección del rey á estos ilustres retraidos. Apoyados con todo el valimiento del primer ministro, fueron recibidos en la corte de Francia con mucha distincion, y se portaron tan bien, que el cardenal Antonio logró sucesivamente el arzobispado de Reims, y el empleo de limosnero mayor.

Sin embargo, Inocencio X. instigado de sus enemigos, los despojo de todos los empleos que poseian, y los confirió á sus hechuradas. No contento con esto, publicó una bula, por la qual prohibia á todos los cardenales salir del estado eclesiástico sin su permiso, declarando, que los que despues de haber marchado de este modo, no volviesen en el término de seis meses, serian privados de sus empleos y beneficios, y que si aún insistian en su desobediencia pasado este término; perderian los honores del cardenalato, sin poderseles restituir otro que el papa. Esta bula, palpablemente dictada por el resentimiento, fué declarada nula y abusiva por un decreto del parlamento de París. Al mismo tiempo se prohibió pasar ningun dinero á Roma para las expediciones de la cancelaria, y aun se llegó á amenazar al papa, y que se tomara el condado de Aviñon. Esta entereza de la corte de Francia obligó á Inocencio X. á tantear los medios de ajustarse. Consintió en que volviesen los Barberinis, y los restableció en sus bienes y empleos, teniendo la precaucion de declarar que los volvia á su gracia, por atencion al rey Christianísimo, que los habia honrado con su protección. El papa, atento á no desperdiciar nada que pudiese redundar en el acrecentamiento de su familia, se aprovechó de esta ocasion para casar una de sus sobrinas con Mafeo Barberini, príncipe de Palestrina.

El imperio que Olimpia Maldachini, cuñada de Inocencio X., habia adquirido sobre el corazón de este pontífice, es una mancha para su memoria, de que es imposible lavarle; no porque se hayan de creer las voces que esparció entónces la malignidad. Sus costumbres habian sido siempre puras; y no es su edad en la que la pasion de que se tuvo la osadia de acusarlo, se enciende en un corazón que no ha contraido el habito del vicio; pero en esta edad es qualquiera débil, y se dexa

fácilmente dominar por aquellos á quien se ha entregado, ó por gusto, ó por estimacion. Inocencio X. llevó tan al cabo esta debilidad respecto de Olimpia, que no parecia injusticia hacerlo responsable de todo el daño que una muger astuta, imperante y codiciosa era capaz de hacer en su nombre. Disponia de todo arbitrariamente, y nada se podia conseguir sino por medio de ella. Todas las gracias, todos los empleos se distribuian á su arbitrio; y como no queria ménos enriquecerse, que dominar, vendia muy cara su protección á los que se valian de su crédito para ensalzarse á las dignidades, y abrirse el camino de los honores. El papa podia ignorarlo; y el abuso que haria del imperio que le habia dexado tomar, era el fundamento de los pasquines mordaces que se publicaban en Roma. Inocencio X. parece que abandonó al fin la indiferencia que habia manifestado en este punto; y para quitar la causa de las sátiras que se enderezaban contra él, apartó de sí á su cuñada; pero habiendo entrado la discordia en su familia, porque cada uno queria apoderarse de su corazón, el pobre anciano, fatigado de ver los efectos que todos los dias producía en lo interior del palacio la envidia y la oposicion, llamó otra vez á su lado á Olimpia, que lo gobernó mas absolutamente que nunca. Este yugo lo llevó hasta su muerte, que acaeció en la noche del 6 al 7 de enero de 1655, á los ochenta y un años de su edad, y once de pontificado.

Los escritores contemporáneos han pintado á este pontífice con colores muy distintos, segun las obligaciones que tenian á los partidos que estaban interesados en honrar ó envilecer su memoria. Las pasiones que guiaban entónces su pincel, estan extinguidas el dia de hoy; y la verdad, desembarazada de las nubes que la cubrian, puede mostrarse como es en sí. Es verdad que Inocencio X. tuvo sus defectos; pero quién carece de ellos? Cometió faltas; pero qué soberano está exento de cometerlas? Se abusó de su confianza; pero qué príncipe no ha sido engañado por los que andan á su lado? Pero no se puede negar que tuvo muchas de las grandes prendas que pueden hacer á un hombre digno de mandar á los demas, y casi todas las virtudes que deben resplandecer en la cabeza de la Iglesia. Tenia mucho talento, prudencia y discernimiento: reson en las ocasiones en que se pare-

cia necesario; pero sabia ceder en todos los casos en que la demasiada rigidez hubiera hecho malograr los negocios. Era sóbrio, parco, enemigo del luxo, y evitando los gastos supérfluos, y no cediendo á nadie en magnificencia en los que eran precisos. Su economía, y el órden que hacia guardar en su casa, le dieron lugar de juntar una cantidad de setecientos mil escudos romanos, sin embargo de haber construido dos palacios soberbios. Su piedad, que lo habia hecho recomendable en todos los tiempos de su vida, resplandeció particularmente á la hora de su muerte. Desde el punto en que se le dió á entender que su fin estaba cercano, no quiso oír hablar mas que de Dios. Miró el último instante con aquella quietud, que es el fruto de la buena conciencia, y del testimonio que se da ella á sí misma.

Si en el cónclave en que se eligió á Inocencio X. se habian visto las cavales y facciones mover todos los muelles de la política, sucedió todavía peor en el que siguió á la muerte de este pontífice. Ademas de la faccion de España y de Francia, habia aún la de los Barberinis, la de los Panfilis, Médicis; y ademas la de los Dominicos, Jesuitas, Indiferentes &c. Todos estos partidos, y ansiosos de dar á la Iglesia un papa que les debiese su eleccion, se observaban unos á otros sin cesar, y se burlaban sucesivamente. Todos los dias se hacian dos escrutinios, y siempre faltaban algunos votos para que la eleccion fuese completa, porque el sugeto en quien parecia que se fixaban, era precisamente aquel que no querian. Por último el dia 7 de abril de 1655 el cardinal Fabio Chigi, á quien la Francia en los principios habia intentado dar la exclusiva, y que habia favorecido despues, tuvo el número suficiente de votos, y se declaró su eleccion. Tomó el nombre de Alexandro VII. Su vida exemplar, la austeridad de sus costumbres, y la aversion que siempre habia manifestado al fausto, daban esperanzas de que gobernaría á sus vasallos con blandura, y á la Iglesia con prudencia. Los principios de su pontificado no desmintieron la idea ventajosa que se tenia de él. Declaró, que no queria alterar nada en su método de vida: prohibió á sus parientes, que le pidiesen ninguna cosa para su engrandecimiento y su fortuna. En una palabra, manifestó la resolucion de portarse como pastor, mas bien que no

como príncipe, y de evitar con cuidado todos los lazos del alto puesto á que le habia hecho subir la providencia; pero poco á poco se fué apartando de los principios que habia seguido hasta entónces. Mesa, baxilla, muebles, familia, todo lo que tocaba á su persona y servidumbre cesó de ser simple y modesto. Muy presto, por fin, usó de mas magnificencia y ostentacion en su corte, que ninguno de sus antecesores. Llamó á sus parientes á Roma: les dió los primeros empleos, les edificó palacios, y no omitió ningun medio para enriquecerlos; de suerte, que vino á ser esclavo del nepotismo; contra el qual se habia declarado tan acérrimamente.

A imitacion de los otros papas, que habian hermoseado á Roma con los mas bellos edificios, hizo adornar Alexandro VII. muchos de los antiguos, y levantó otros nuevos, que no cedian á los primeros ni en la estructura, ni en la riqueza de los adornos. Dió un plan para poner á cordel las calles, deseando que hubiese en ellas una perfecta regularidad, y que las casas que las formaban, presentasen á la vista una puntual simetría. Por último, extendia á tanto este gusto por el ornato, que hubiera podido decir como Augusto, que habiendo hallado la ciudad toda de ladrillo, la dexaba toda de mármol. Entre los edificios que deben á él su construccion, el colegio de la Sapiencia es el mas vasto y mas magnífico: monumento digno de un gran príncipe, así por su objeto, como por su extension, y por los ricos trozos de arquitectura que lo componen. Alexandro juntó á él numerosa y exquisita biblioteca, que es una prueba de su pasion á las letras, las quales habia cultivado con aprovechamiento. La coleccion de poesias que compuso siendo jóven, manifiestan muy bastante, que si hubiese seguido esta carrera habria podido ganar la palma entre los sugetos de su tiempo, que mas se dieron á conocer por su ingenio poético.

En todo el discurso de su pontificado no tuvo Alexandro VII. asunto mas dificultoso, ni mas desagradable que su contienda con Luis XIV. Este jóven rey, que empezaba á llenar la Europa con su nombre, disgustado del papa, habia elegido al duque de Crequi para enviarlo á Roma en calidad de embajador. Este era el señor de genio mas altivo que habia en la corte de Francia, y por

Siglo
XVII.

eso sólo lo había preferido el rey á quantos anhelaban á tener la honra de servirlo. Luis le encargó, que no usase de ningún miramiento con nadie, ni aun con el papa, y que tratase á sus parientes, ministros, y todos los que anduviesen á su lado con la mayor altivez. Nadie era mas á propósito que el duque para desempeñar bien esta comisión. Presentóse en Roma con una magnificencia digna de su amo, y se conduxo con los grandes de la corte pontificia, sobre todo con los hermanos ó sobrinos de Alexandro, con un orgullo á que no estaban acostumbrados. Su conducta y modales les desagradaron muy pronto; y así pensaron en el modo de mortificarlo tambien. El papa tenia á su sueldo una tropa de quatrocientos corsos, tanto para su guardia, como para la seguridad de Roma. Esta soldadesca, excitada por alguno de la corte, insultó á tres gentiles hombres de la comitiva del embaxador, que se pusieron en defensa, y se retiraron heridos. Los corsos no pararon ahí, sino que acudieron armados, guiados de sus oficiales, y cercaron la casa del embaxador, como para darle asalto. El duque salió al balcon para contener á los amotinados; pero sin respetar su carácter hicieron fuego sobre él. Tambien tiraron á la embaxatriz, que se paseaba en coche, y mataron al page, que llevaba la mano en la puertecilla. Jamás había ido acompañado de circunstancias mas injuriosas ningún insulto hecho á ministro de un soberano. El monarca frances, justamente irritado, hizo prender al nuncio del papa, y lo despachó de sus estados escoltado por mosqueteros, que lo conduxeron hasta las fronteras de Saboya. Alexandro protestó, pero sin fruto, que no tenia parte en el suceso, de que se quejaba Luis, hasta amenazar de ir en persona á tomar venganza hasta las murallas de Roma. Entretanto se tomó el cuidado de Avifion, y se dió orden á las tropas de ponerse en marcha hácia Italia. Habiendo intentado el papa inútilmente hacer tomar partido en su pendencia á los principes católicos, entabló ajuste. Luis le impuso las condiciones mas vergonzosas, y fué preciso admitirlas. Estas fueron, que el cardenal Chigi, sobrino del papa, viniese á Francia á dar satisfaccion al rey; que D. Mario, hermano del pontífice, de quien se sospechaba haber intervenido en el atentado de los corsos, saliese de Roma, y no entrase otra vez en esta ca-

Siglo
XVII.

pital hasta despues de la vuelta del legado: que quando el duque de Crequi volviere á exercer su ministerio, D. Agustin Chigi, cero sobrino de Alexandro, saliese á recibirlo, y darle satisfaccion; que la princesa Farnesio hiciese lo mismo con la embaxatriz; que la guardia corsa fuese echada de Roma y de todo el estado eclesiástico; que su quartel fuese demolido, y en su lugar se levantase una pirámide con una inscripcion que contuviese el decreto y causa de su destierro. Todo esto se executó conforme al tratado de paz que se había ajustado en Pisa el dia 22 de febrero de 1664. Alexandro VII. murió á 22 de mayo de 1667, de edad de sesenta y ocho años, al entrar en los trece de su pontificado. De él no se debe formar idea por lo que dice el cardenal de Retz en sus memorias. Ya se sabe que este prelado estaba por lo regular distraido, y que si tuvo un ingenio extraordinario, y escribió con un estilo lleno de fuego, sus afectos, no ménos fogosos que su imaginacion, guiaron casi siempre su juicio y su pluma. Había contribuido mucho á la eleccion de Alexandro, quien le había manifestado su reconocimiento, diciéndole en la ceremonia de la adoracion: *Ecce opus manuum stuarum*. El prelado francés juzgó poder prometerse qualquier cosa de quien tan descubiertamente confesaba su obligacion; pero se engañó en sus esperanzas, y aun tuvo muchos motivos de disgusto; lo que bastó para que el pontífice pareciese otro a su vista de lo que había sido en los principios. Sin embargo podia ignorar un sugeto como el cardenal de Retz que los grandes rara vez se pican de agradecidos, que la memoria de los servicios que se les han hecho influye muy poco en su conducta, y que las circunstancias, las razones políticas, mucho mas que los afectos del corazon, son la regla de su pasion ó de su indiferencia? Sea como fuese, no debe causarnos admiracion, si Retz, mal servido, ó aun abandonado de Alexandro, lo representa como un entendimiento limitado, frívolo, incapaz de descubrir y de executar grandes cosas; si lo ridiculiza en muchos puntos; y entre otros en detenerse en objetos tenebrosos, y pasar mucho tiempo en examinarlos; siendo así, que los negocios mas importantes los abandonaba á los subalternos; si le reprehende de aplicarse á las menudencias, y de no haber ja-

mas mirado las cosas con grandeza, como corresponde á un príncipe que tiene talento de tal. Asimismo es necesario no farse de un crecido número de otros escritores, cuyas preocupaciones no eran ménos fuertes, ni los motivos ménos sospechosos de parcialidad.

Si es cierto que Alejandro VII. no correspondió cabalmente á la grande idea que se tenia de él antes de su eleccion para el trono pontificio, no lo es ménos que tuvo muchas buenas prendas, grandeza de alma, penetracion, tino, generosidad, mucho zelo por los intereses de la religion, y por la extirpacion de las heregias. Si consumió sumas quantiosas en edificios, tenia por excusa el exemplo de sus antecesores, que se habian hecho memorables con monumentos de esta especie, y que no habian gastado ménos dinero para hermosear á Roma. Si hubiera dexado de seguir sus huellas, se le hubiera acusado de haber carecido de gusto por las artes, y dexádolas decar y perecer por falta de premio. Por otra parte, estos gastos de puro lucimiento, que por lo regular traen conveniencia á los soberanos, no fueron el único objeto á que Alejandro VII. aplicó las rentas de la santa sede. Nadie ignora con quanta liberalidad franqueó sus caudales á la república de Venecia, para ayudarla á sostener la guerra de Candia contra los turcos. Tambien se sabe, que no consistió en él que todos los príncipes christianos no hiciesen una liga, de la que hubiera sido caudillo, para rechazar los infieles, ó imposibilitarlos de emprender nada contra la quietud de la Europa. Por último, los censores que han juzgado á este papa con tanta severidad, hubieran debido advertir á lo ménos, que los que no han dexado pasar sus menores defectos, no han podido echarle en cara, ni aun en su mocedad, ninguna de aquellas flaquezas vergonzosas, de que los hombres condecorados con las mas altas dignidades de la Iglesia no estan siempre exéntos. Sus costumbres, mucho tiempo austéras, fueron siempre irreprehensibles; y luego que tomó un género de vida, que le pareció sia duda mas correspondiente al decoro de su clase, no faltó jamas á las reglas de la piedad, ni al buen exemplo que debe dar el primer pastor á toda la Iglesia.

Despues de la muerte de Alejandro VII. no estuvo mucho tiempo vacía la silla apostólica, en la qual pu-

sieron á 20 de junio al cardenal Julio Rospigliosi, que Siglo 8
habia nacido en Pistoya, ciudad de Toscana, el último XVII
año del siglo XVI. Tomó el nombre de Clemente IX. Aunque su familia no fuese obscura, y que su mérito personal pudiese abrirle paso á los honores, los primeros que dió para ellos lo debió al discernimiento de Urbano VIII. Habia dado á estimar por su prudencia, moderacion y probidad en todos los empleos que habia exercido. Tenia mucha literatura, y un talento declarado para la poesia. Quando ocupaciones mas serias sucedieron á estos entretenimientos, no por eso dexó de conservar un gusto, que habia sido sus delicias en el tiempo que podia entregarse á él con toda libertad. Los eruditos y literatos que hacian buen uso de sus talentos, tuvieron siempre derecho á su estimacion y beneficios. Su genio era afable, halagüeño, y á propósito para ganar los corazones.

Desde el primer año de su pontificado trabajó Clemente IX. como cabeza y padre comun de los príncipes christianos, en concluir las desavenencias que tenian desunidas á Francia y España. Persuadió á Luis XIV., cuyas grandes prendas y hazafias admiraba, que convenia á su piedad, como tambien á su gloria, poner límites á sus conquistas; y ser el pacificador de la Europa, mas bien que el terror de ella. Luis, por afecto á él, lo admitió por mediador, y en fuerza de diligencias suyas se firmó la paz en Aquisgran á 2 de mayo de 1668. En el artículo IX. diremos qué hizo el año siguiente para facilitar á la Francia otra paz todavía mas apreciable, que se llamó de su nombre. Entónces referiremos las circunstancias que precedieron á este feliz suceso, y las que lo siguieron. Allí daremos á conocer mejor aquel rasgo de franqueza y simplicidad noble, que distinguió á Clemente IX. entre todos los pontífices romanos del siglo XVII. A este artículo remitimos á los lectores, para excusar repeticiones.

Clemente IX. hizo grandes esfuerzos para procurar socorros á los venecianos contra los turcos, que continuaban el sitio de Candia. Descaba que todos los príncipes christianos hiciesen paz entre sí, y desistiesen de las pretensiones que armaban á unos contra otros, á fin de unir sus fuerzas para abatir el orgullo de los otomanos, y oponer una barrera á sus progresos. Negociaba con efica-

Siglo cía por medio de sus ministros en todas las cortes de la Europa, y no cesaba de representar que la empresa de los turcos contra Candia no era una guerra particular, y cuyo peso hubiese de llevar sola Venecia, y exponerse á los riesgos, sino que era negocio de toda la cristiandad, y que no había nación que no tuviese interés en destruir al enemigo comun. Para dar exemplo franqueó liberalmente á la república todo lo que el estado actual de su exarato le permitió cercenar de lo necesario para sus propios vasallos; pero todo lo que hizo para salvar á Candia fué inútil, y esta ciudad, que ya no era mas que un monton de ruinas, se rindió por final esfuerzo de los musulmanes. Clemente IX. sintió tanto el ver triunfar á los infieles por la indiferencia de los príncipes cristianos, que murió de pesadumbre en el mes de diciembre de 1669. Quando la Iglesia perdió este buen papa, no había llegado todavía á la mitad del tercer año de su pontificado. Clemente IX. amaba á la Francia; y si hubiese vivido, su prudencia y agasajo daban lugar de esperar, que habría acabado de sosegar las inquietudes que agitaban á este reyno por un efecto funesto, y demasiado frecuente de las disputas teológicas que se habían suscitado en él.

La santa sede estuvo vacante cerca de cinco meses, y el cardenal Emilio Altieri, que fué elegido para ocuparla, no debió la preferencia sobre todos sus competidores, sino á su mucha edad. Tenia ochenta años; tomó el nombre de Clemente X. por agradecimiento á su predecesor, que le había vestido la púrpura antes de morir. Su familia, una de las mas ilustres de Roma, competía con la de los mismos Colonas en nobleza y antigüedad. Era el último de ella; y para revivirla, casó sus sobrinas con la de Panuzzi, á la que llevaron el nombre y armas de Altieri. Adoptó á todos los de esta casa por sobrinos, y les confirió los primeros empleos. Su pontificado, que no obstante su vejez, fué de seis años y quatro meses, parece no haberse alargado hasta este término mas que para darle tiempo de enriquecer su nueva familia, porque no hizo otra cosa que esto digna de atencion. Incapaz de aplicacion, abandonó los cuidados del gobierno al cardenal Altieri Panuzzi, su sobrino adoptivo, que disponia de todo en su nombre, de modo que se decia que había en Roma dos papas, uno de hecho, y otro de

derecho. El único elogio que ha merecido Clemente X. Siglo es haber sabido guardar una cabal neutralidad entre España y Francia, y haberse manejado tan diestramente con estas dos potencias rivales, que ni una ni otra pudo quejarse de él. Este papa murió en el mes de julio de 1676 á los ochenta y siete años de edad, y en el siete de su reynado.

Benedicto Odexchalchi, cardenal creado por Inocencio X., fué puesto por sucesor de Clemente X. á 21 de septiembre de 1676. Había nacido en Como, ciudad del Milanesado, de una familia que se había hecho poderosa con el comercio. Era venido por un sugeto de grande virtud, enemigo de los desórdenes y de la corrupcion, que reynaban demasiado á cara descubierta en Roma, y sobre todo muy declarado contra el nepotismo, cuyos abusos conocia. Era de un genio constante y severo; pero su austeridad no le había impedido poner como á los demas cortesanos de Inocencio X. todos los medios de ganar el catiño de la famosa Olympia. Uno de estos medios era hacerse perdizido al juego, modo indirecto de lisonjear á la codiciosa cuñada del pontifice, y de ganar su estimacion con el oro, sin que le pudiese causar vergüenza. Odexchalchi, que era rico, podia hacer á menudo semejantes sacrificios; y este ardid le salió mejor que á nadie: sin embargo de esto, su vida fué siempre exemplar, sus costumbres libres de toda sospecha, y en el tiempo que fué elegido, todos lo tenían por el sugeto mas digno que hubiese en el sacro colegio.

El nuevo papa tomó el nombre de Inocencio XI., y apenas se sentó en el trono pontificio, quando emprendió corregir los abusos, empezando por los que exponian mas la corte de Roma á la sátira de los hereges y malcreyentes. Para impedir á su familia que intentase ensalzarse y enriquecerse, como habían hecho los parientes de los últimos pontifices, prohibió al cardenal Livio Odexchalchi, su sobrino, residir en palacio, mezclarse en ningún asunto, sin tener encargo especial para ello, y pretender ningunos honores que lo distinguiesen de sus compañeros. No ha faltado ningún digno que había resuelto abolir el nepotismo, que contaba entre los mayores males de la Iglesia, y extendido una bula para este efecto; pero que halló obstáculos invencibles de parte de los car-

denales, que aspiraban al pontificado, y que tuvo que desistir de este piadoso intento.

Mejor éxito tuvo Inocencio XI. en las diligencias que hizo para restablecer los negocios de la cámara apostólica, que estaban en extremo desordenados. Puso en ellos tanto orden y economía, que á la hora de su muerte dexó cantidades inmensas, no obstante haber hallado el erario apurado quando tomó las riendas del gobierno. No trabajó con menos fruto en procurar la paz general, á que volvió la Europa por el tratado de Nimega. Envió á esta ciudad, en donde se tenían las conferencias, un nuncio apostólico para unirse con los ministros de las otras potencias. Este nuncio fué recibido con todos los honores debidos á su caracter, sin embargo de que los protestantes habian rehusado la mediacion del papa. Los católicos la aceptaron, y no fué el que tuvo ménos parte en el feliz ajuste de este gran negocio, que se concluyó el año 1678.

Turbaron el pontificado de Inocencio XI. tres disputas muy vivas que tuvo con la Francia: La primera tocante al derecho del rey sobre los beneficios ó regalía. La segunda en punto de las franquicias de que gozaban los embajadores en Roma. Y la tercera con motivo de los quatro famosos artículos arreglados en la junta general del clero el año 1682. Dexaremos para el artículo X. todo lo que pasó en la primera de estas disputas, y hablaremos de la tercera en el artículo XV. En quanto á la segunda no podemos ménos de exponerla aqui, cifrándonos á lo preciso. Las franquicias de que los ministros de los príncipes christianos gozan en Roma, no se reducen como en otras partes al recinto del palacio que habitan, sino que se extienden á todo el barrio en que tienen su residencia, y aun comprehenden las plazas y calles que componen parte del mismo barrio. Los ministros ordinarios de justicia y de policia no pueden hacer en él ninguna de las funciones de su ministerio, ni aun les es permitido parecer. Muchas veces habian intentado los papas abolir estos privilegios, ó á lo ménos moderarlos, para lo qual habian publicado bulas, y dispuesto reglamentos, pero siempre habia sido sin fruto. El motivo no era solamente que las franquicias favorecian los fraudes por la introduccion de géneros y provisiones su-

jetas á derechos de aduana ó de entrada; lo que disminuía su renta, sino que consideraban sobre todo que las franquicias hacian que quedasen sin castigo una multitud de reos llenos de delitos, que se burlaban de las leyes y de los magistrados, porque tenían la seguridad de encontrar asilo en el barrio de qualquier embaxador. Este último inconveniente de las franquicias era manifestamente contrario á la seguridad pública, y principalmente en una ciudad, como la capital del mundo christiano, adonde cada día llegan extrangeros de todas las partes del mundo.

Un abuso de esta naturaleza, cuyos exemplares se repetian frecuentemente, y no podia dexar de hacer impresion en el ánimo de un pontifice tan zeloso del buen orden como Inocencio XI. hizo proponer á muchos soberanos que renunciasen el derecho de franquicia para los ministros que tenían cerca de la santa sede. La Reyna Christina de Suecia, retirada en Roma, accedió á los deseos del papa. Los otros soberanos dixeron, que estaban prontos á hacer lo que el santo padre pedía, siempre que el rey de Francia viniese en ello, y les diese exemplo. Mientras esto pasaba, llegó á morir el mariscal duque de Estrées, embaxador de Luis XIV. en Roma. El papa hizo rogar á este príncipe que consintiese en la abolicion del derecho de franquicia que habia resuelto suprimir, ó si no, se abstuviese de enviar nuevo ministro en lugar del que habia muerto. Luis, que estaba disgustado con el papa, y que quería mortificarlo, respondió con entereza al nuncio, que los reyes de Francia habian nacido para servir de modelo á los demas soberanos, y no para imitarlos: que continuaria en mantener un ministro cerca de la santa sede, á quien conservaria en el goce de todas las prerogativas de su clase, que se debian mirar como derechos de la misma corona. En consecuencia de esta respuesta fué enviado á Roma el marqués de Lavardin con orden de haberse con el pontifice con otra tanta arrogancia como este manifestase. El nuevo embaxador llegó con una comitiva tan numerosa, que parecia un ejército pequeño. Los guardas se presentaron para registrar el equipage que iba en muchos cubiertos con las armas de Francia. La gente del marqués respondió, que tenían orden de cortar las narices y las orejas á

Siglo XVIII. ¹⁵⁰ quaquiera que osase acercarse, y continuaron su camino. Viendo el papa con indignacion que la Francia lo desafiaba, negó la audiencia á su ministro, diciendo, que no lo miraba como á embajador, sino como á un excomulgado; y esto era, porque Inocencio XI. antes de llegar Lavardin, habia expedido una bula, por la qual renovaba las de Sixto V. y de los otros papas en punto de las franquicias; abolido para siempre este derecho, y declarado excomulgados á todos los que intentasen sostener ó favorecer esta exención. Lavardin no hizo ningun caso de esta excomunion: frecuentó las iglesias, y asistió á los oficios divinos mas que lo hubiera hecho en otro tiempo. El dia de noche buena oyó el oficio en la iglesia nacional de san Luis, y comulgó en ella. El papa, siempre mas inflexible, porque estaba mas irritado, mandó al cardenal vicario, que pudiese entredicho á esta iglesia y á todo el clero que la servia; pero en Francia recibió el parlamento de Paris al procurador general, que apelaba al Concilio venidero de los decretos dados por este prelado. Tomóse Avifion y todo el condado; se pusieron guardias de vista al nuncio Ranuccio; y aun se habló de romper toda correspondencia con Roma, y crear un patriarca para todos los asuntos espirituales del reyno. El negocio de la regiaia, y el de los quatro articulos de la junta de 1682, que se seguian al mismo tiempo con mucho calor, aumentaban todavia mas el disgusto reciproco de ambas cortes. Luis, persuadido que se trataba de la honra y derechos de su corona, no queria ceder. Inocencio por su parte, que era por naturaleza fuerte, y que miraba este asunto como causa de Dios, estaba resuelto á no doblarse, qualesquiera que pudiesen ser las resultas. ¹⁵¹ En este infeliz estado se hallaban las cosas, quando enfermó Inocencio XI., y murió en el mes de agosto de 1689 á los trece años de pontificado. Su desinterés, su constancia, que se llamó grandeza de alma, su zelo contra los abusos y vicios, su amor por el bien público, y su piedad, que siempre fué una misma, le han granjeado justos elogios; y el pueblo, que lo miraba como á un santo, disputó entre sí sus reliquias. El cardenal Ottoboni, veneciano, su sucesor, con el nombre de Alexandro VIII., tenia mucha prudencia y moderacion.

Éra todavia uno de aquellos sujetos de mérito que Urbano VIII. habia colocado en los empleos; y asi se esperaba que con su habilidad, de la qual habia dado pruebas, remediará las turbaciones de la iglesia, que habian tomado tanto cuerpo por la indecibilidad de su antecesor. Con esta esperanza la Francia, á quien habia sido de mucha complacencia su eleccion, lo contempló, y le restituyó á Avifion; pero él se aprovechó de los favores que se le hicieron, sin conceder nada; de modo, que al tiempo de su muerte estaban las cosas del mismo modo que las habia hallado quando entró á ocupar la santa sede, y aun puso nuevo obstáculo á la reconciliacion de la corte de Roma con la de Francia, publicando algunos dias antes de morir una bula que habia hecho extender hacia mas de seis meses, condenando los quatro articulos de la célebre junta de 1682. Alexandro VIII. acabó sus dias á los diez y seis meses de pontificado, y ochenta y un años de edad en 31 de agosto de 1691. Aunque su reynado fué tan corto, sus parientes, á quien tenia una pasion extremada, supieron aprovecharse tan bien de ella, que los ahorros de Inocencio XI. se disiparon de todo punto, y el erario volvió á caer en el mismo desorden en que estaba anteriormente. ¹⁵² En el cónclave que se tuvo de resultas de la muerte de Alexandro VIII., despues de largos debates, y muchos entredos, se eligió al cardenal Antonio Pignatelli, que tomó el nombre de Inocencio XII. Éra natural de Nápoles, de familia muy ilustre y muy antigua. Habiendo venido á Roma muy jóven, habia principiado su carrera en el pontificado de Urbano VIII., y entrado en el sacro colegio en el de Inocencio XI., cuyo nombre tomó por reconocimiento. Admiraba las prendas apreciables de este papa, y se propuso seguir sus huellas. Aplicóse seriamente como él á destruir los abusos, á reformar las costumbres, y á restablecer por medio de una prudente economia los negocios de la cámara apostólica. Mas feliz que él, logró proscribir el nepotismo, origen de tantos desordenes y escándalos. La bula que expidió sobre esto es de 28 de junio de 1692. Firmóla todo el sacro colegio, y mandaba á todos los cardenales presentes y venideros, renovarla en cada cónclave, y á todo papa recien electo jurar su observancia. En el artículo XV. diremos como las

diferencias que subsistian hacia tanto tiempo entre la sede apostólica y la Francia, se concluyeron al fin en tiempo de este pontífice. Su vida habia sido siempre exemplar; pero luego que fué ensalzado á la cátedra de san Pedro, muy lejos de que lo elevado de su puesto le hiciese creer que podia imitar la pompa y magnificencia de los soberanos, pensó que quanto mas expuesto estaba á la vista del mundo, tanto mas debía darle exemplo con costumbres sencillas y christianas. Arregló el gasto de su mesa con tal mediana, que muchos particulares no habian querido reducirse á ella. Suprimió todos los empleos que no servian mas que para el fausto y la ostentacion, y que eran muy gravosos por las rentas y honores anejos á ellos. Alejó á sus parientes de los grandes cargos que les hubieran dado demasiada autoridad, y jamas les confió el manejo de los caudales públicos. Su mayor gasto era con los pobres, á quien llamaba sus sobrinos. No les escaseaba nada, y acudia con abundancia á todas sus necesidades. Gemia muy á menudo al pensar en las guerras que las potencias christianas se hacian unas á otras casi siempre por envidia y por ambicion, mas bien que por causa de interes racional, entre tanto que los infieles se aprovechaban de estas desuniones para extender sus conquistas, ó reparar sus pérdidas. Este pontífice, á quien los protestantes no han podido ménos de elogiar, murió en el mes de septiembre del año 1700, estando llena Roma de un prodigioso número de peregrinos que el jubileo del año santo habia acarreado de todas partes el mundo católico. Tenia ochenta y seis años de edad, y habia empezado el día de su pontificado. Inocencio XII. tuvo por sucesor al cardenal Juan Francisco Albani, que tomó el nombre de Clemente XI., y que ocupó la silla apostólica hasta el año 1721. Este pontífice, uno de los mas virtuosos y mas doctos que han gobernado la Iglesia en estos últimos tiempos, fué elegido por votos unánimes; prueba bastante manifiesta de la opinion que todos sus compañeros en el cardenalato tenian de su mérito. Eloquente en su lengua natural y en la de los antiguos romanos, igualmente versado en las letras divinas y humanas, tan práctico en el conocimiento de los hombres, como de los negocios, acreditó la eleccion de los que le habian colocado en el tron-

de la religion. Su pontificado pertenece todo entero al Siglo XVIII., por lo qual no hablaremos palabra de los sucesos que acaecieron en él, siendo el término de nuestro trabajo el fin del diez y siete.

Delineando en este artículo el caracter de los doce papas que han ocupado la silla apostólica desde Clemente VIII. hasta Clemente XI., no hemos hablado de muchos negocios principiados ó concluidos en el pontificado de unos y otros, porque hallarán su lugar natural en algunos de los artículos siguientes. Empezarlos en una época para volver á tomarlos en otra, hubiera sido separar unos objetos que deben estar juntos, y no formar mas que un cuerpo. El órden de las cosas, y la claridad de la narracion piden que se reunan todas las circunstancias que tienen conexion con un mismo asunto, que es el plan que hemos seguido hasta ahora.

ARTÍCULO IV.

Estado de la religion en Alemania y en los reynos del Norte.

El protestantismo habia hecho desde su origen tantos esfuerzos, primero para introducirse y extenderse, despues para afirmarse, y rechazar las oposiciones; por último, para adquirir un estado fijo, y una consistencia firme y sólida, que podia gozar en virtud de los tratados, de los privilegios alcanzados por la fuerza, y concedidos por la politica; pero es cosa muy difícil que la paz reyne mucho tiempo en un país, cuyos moradores estan desunidos por la diferencia de la doctrina que profesan, y del culto que observan. Ademas de las inquietudes y rencores que nacen de estas dos causas, se observan de muy cerca los diversos partidos, y son tan zelosos, unos por conservar lo que les ha costado trabajos inmensos, y otros por recobrar lo que han cedido contra su voluntad, que nunca dexan de sobrevenir muy pronto nuevos motivos de quejas y de rompimiento. Solamente podia mantener el equilibrio una entera igualdad de poder, y de medios en uno y otro partido; pero aunque los protestantes hubiesen conseguido ponerse á cubierto baxo de la proteccion de las leyes, y componer